

Flamenco y rock en León: dos festejos populares

Las fiestas de León, que se celebran entre los días de San Juan y San Pedro, han tenido este año una importancia singular; junto a la feria, verbena y bailes habituales en este tipo de celebraciones anuales, se han producido dos acontecimientos musicales, insólitos en León, pero perfectamente coherentes con los festejos populares: un Festival de Flamenco y un Festival de Rock. Organizados por José Luis Fernández de Córdoba —hombre que goza de un merecido pres-

amento, se encontrase físicamente muy alejado de los artistas. El pobre sistema de sonido instalado contribuyó a aumentar la distancia. Además, la intensidad y mala utilización de la iluminación —luces blancas, que iluminaban por igual al público y la escena— hizo que se perdiera el carácter mágico, hipnótico, que debía desprenderse del escenario. Los cantaores fueron muy sensibles y les costó un trabajo casi insuperable salvar las barreras que les separaban del público y

Eduardo Haro Ibars

tigio dentro del mundillo musical— y patrocinados generosamente por el Ayuntamiento de León, estos dos festejos han conjugado dentro de un mismo marco dos formas de expresión musical popular que generalmente se consideran opuestas, pero que van dirigidas en principio casi al mismo público. Ambos festivales se celebraron en el Palacio Municipal de Deportes, los días 24 y 26, respectivamente. El ambiente bullicioso de la Feria, cuyos tenderetes estaban situados junto al recinto, contribuyó a dar mayor brillantez y frescura a los actos, a resaltar su sentido de celebración espontánea, de reunión popular.

El día 24, a las 9 de la noche, tuvo lugar el Festival de Flamenco. El público, que llenó a medias el Pabellón de Deportes, estaba compuesto en su mayor parte por gitanos —de los que hay un gran porcentaje entre la población leonesa— y por tráfugas de la cercana feria. Se respiraba un ambiente muy distinto al que suele imperar en Madrid en parecidas ocasiones: el elemento "progre" era escaso y parecía que la música flamenca iba a dirigirse, en esta ocasión, a los que de verdad constituyen su público. La primerísima calidad de las figuras que iban a actuar —Fosforito, Labrijano, Bernarda y Fernanda de Utrera, Menese, Chocolate, Camarón de la Isla, El Poeta, Manolo Brenes y El Habichuela— y el ambiente que había en el bar antes de comenzar el espectáculo, parecían presagiar un verdadero éxito; sin embargo, se produjo un semifracaso, debido a varios factores extramusicales: en primer lugar, el precio de las entradas. Pese a no ser muy caras, había una diferencia sustancial entre el precio de las sillas de pista, a 300 pesetas, y el gallinero, a 175; esto hizo que el público natural del flamenco, que es el menos favorecido económica-

alcanzar el grado de calentamiento necesario en flamenco —y en toda manifestación espontánea— para dar lo máximo de su arte. Solamente Fernanda y Bernarda de Utrera, y más adelante Menese, consiguieron funcionar con verdadera efectividad. Los demás estuvieron correctos, pero fríos. El espectáculo acabó muy tarde, más allá de la hora prevista, y fue cerrado por el "show" de Manuela Carrasco.

El día 25 no hubo ningún acto musical: los equipos técnicos que acompañaban a los distintos grupos se ocuparon en montar la gigantesca armadura electrónica —toneladas de amplificadores, "baffles", mesas de sonido, etcétera— necesaria para el buen funcionamiento de la máquina "rock". Varios centenares de muchachos y muchachas habían llegado ya, en la mañana, y acampaban en la parte trasera del Palacio de Deportes. Se les veía deambular por la feria, participando en este otro festejo popular. En esta última estaba funcionando otro espectáculo músico-popular, el "Teatro Chino" de Antonio Encinas, del que sólo puedo decir —pues no es aquí donde pueda pararme a hacer un comentario extenso sobre él— que es una muestra de lo que puede hacer con el teatro de revista cuando se sale del ambiente elitista de los teatros.

El día 26, por la mañana, ya estaban en León los 4.000 jóvenes que iban a presenciar el espectáculo de "rock"; resultaba un espectáculo enternecedor ver a todos aquellos muchachos y muchachas, llegados de toda España en trenes, en autocares o en auto-stop, que invadieron pacíficamente la ciudad. A las dos de la tarde penetramos en el recinto, y el espectáculo comenzó a la hora prevista. Dentro del recinto se habían montado tenderetes de bocadillos y otros pue-



Menese supo salvar las barreras físicas que le separaban del público natural del flamenco.

tos donde se vendían los diversos productos que acompañan a manifestaciones de este tipo: joyas artesanales, camisetas, "posters", revistas y "comix" underground... Aprovecho esto para saludar la aparición de una nueva guía underground de Madrid, que allí se vendía, y que lleva por título "Mmm!". En el bar sólo se vendían refrescos y cervezas en envases de plástico: las bebidas alcohólicas habían quedado rigurosamente prohibidas.

Once fueron los grupos y solistas participantes en este Festival; todas las tendencias del "rock" nacional estaban representadas por ellos: "rock" sinfónico de Atila y Bloque; la línea andaluza, representada por Triana, Flamenco y Granada; la música dura, violenta, de los grupos madrileños Asfalto y Coz, y del conjunto de San Sebastián Brakaman; el "rock" catalán de Pau Riba y de Iceberg, y la suave revelación que representó Traidor, Inconfeso y Mártir. Ni siquiera faltó el exotismo internacional de Nico, la ex "star".

Es difícil establecer una comparación cuantitativa entre los distintos participantes del Festival: se trataba de una fiesta, no de una competición, y todos estuvieron bien. Cabe, sin embargo, destacar a algunos de ellos, por la sorpresa que supusieron: en primer lugar, Atila; este grupo, prácticamente desconocido, hace un "rock" sinfónico de raíces clásicas que puede considerarse a la altura de los conjuntos europeos que cultivan ese tipo de música. Han trabajado principalmente en Francia, aunque sus

membros son nacidos en Gerona, y no tienen ningún disco grabado. El grupo madrileño Coz, que ejecuta una música violenta y representa el "rock" de barrida madrileña, estuvo también muy bien; es lástima que el "rock" madrileño esté tan marginado, a pesar de ser el que más se acerca a las raíces de la verdadera música "pop". También se puede destacar el extraño "rock" andaluz de Triana y Granada —de Flamenco hablaré más adelante, en el capítulo de las desgracias—, que ha acumulado la gran experiencia sevillana de gentes como Smash o Gualberto, pioneros de este tipo de música en España, y que tratan de amalgamar el ritmo de "rock" y las armonías del flamenco.

Dos actuaciones merecen capítulo aparte: una, la de Pau Riba, verdadero creador del "rock" catalán, sin concesiones al "jazz-rock" que se suele hacer por esas latitudes. Pau hace un "rock" duro y violento, con una intencionalidad humorística y poética muy acusada y con una fuerza musical que debe mucho a la influencia de artistas como Lou Reed y de los grupos del último "rock". Puede decirse que Riba representa el futuro de la música de "rock" en España.

La otra actuación que sorprendió, pero no de modo excesivamente agradable, fue la de Nico. La ex cantante del Velvet Underground, no tan famosa por su calidad musical como por sus daveanos en el ambiente de la "in crowd", fue presentada como atracción internacional, como lo

más importante del Festival, que justificaba el nombre de "Primer Enrollamiento Internacional del Rock" que se había dado a éste. Dejó mucho que desear: su música, en exceso monótona, no coló en el ambiente rockero que se había creado a lo largo de la noche. Nico es una cantante extraordinaria, dotada de una voz profunda y misteriosa, pero cuyo lugar no está precisamente en un festival de "rock". A pesar de que cantó dos canciones de Lou Reed —"Femme Fatale" y "I'll Be your Mirror"—, pertenecientes a la mejor época del Velvet, no consiguió conectar con el público; no se comprendieron los matices de su voz misteriosa, ni de la utilización del armonium que Nico emplea como instrumento de acompañamiento, sin realizar con él los virtuosismos y florituras a los que nos tienen acostumbrados los teclistas de "rock".

El Festival se desarrolló bien: el ambiente fue bueno y el sonido excelente. Hubo solamente un fallo: recién comenzada la actuación de Flamenco, algo se rompió en el equipo de sonido, que hubo que reparar. Tras una hora de tratos y negociaciones con el grupo Iceberg, se consiguió que éste cediera su equipo, a cambio de una sustanciosa cantidad de dinero; durante esa hora de descanso forzado se llegó incluso a pensar que el Festival iba a acabar nada más empezar.

El público se portó bien: no hubo escenas de histeria ni de violencia. A pesar del calor y de la mala ventilación de que adolece el Palacio de Deportes, la gente estaba de buen humor y paliaba la incomodidad de no poder salir a la calle a respirar consumiendo grandes cantidades de refrescos; no se dieron contraseñas de salida hasta la noche.



Nico, una cantante extraordinaria cuyo lugar no está en un festival de rock.

HABLA PAU RIBA

Pau Riba es —junto con Jaume Sisa, y a pesar de las enormes diferencias de estilo que los separan— el representante del rock catalán auténtico, que no se apoya en el jazz y que busca hacer una música de impacto inmediato, basada en la música popular de su tiempo. Su actuación cerró el Festival de León y fue lo más importante de éste.

Realizamos la entrevista antes de su actuación, en un restaurante junto al río. Riba es un hombre dotado de un disparatado sentido del humor, y resulta difícil obligarle a responder como uno quisiera a las preguntas que uno quisiera ver contestadas. Sin embargo, el diálogo fue amable y la comida buena.

P.—Por tus actuaciones en público, se te suele considerar un tipo desmadrado, con un cierto carácter disparatado y tendencias al alcoholismo. ¿Cómo te ves tú?

R.—Yo soy un músico serio. Para el trabajo musical hay que estar lúcido, no puedo permitirme bromas con el alcohol ni con las drogas.

P.—Tu música, tu estilo personal, tiene un mucho de sarcasmo o de sátira...

R.—Esa es la cruz de la moneda; la cara es la seriedad, el lirismo. Creo que el sarcasmo, el chiste privado sobre la música y sobre mí mismo, sólo tiene sentido si se entiende como una forma de distanciamiento de cosas que a uno le interesan mucho.

P.—Tú empezaste a cantar en los años sesenta. ¿Qué representa esa época para tí?

R.—Fue una época de cambio, de mutación; la época de mi adolescencia, de mi juventud, cuando yo empecé a hacer música, que coincidió con un cambio general en el mundo, el paso de una era a otra.

P.—¿Qué tipo de cambio crees que hubo en el mundo de los sesenta?

R.—Bueno, fue una mutación astrológica —el paso de la era de Acu-

rio— a la vez que un cambio en la conciencia de la gente. Una especie de cambio total, mágico.

P.—Parece, sin embargo, que las ilusiones que teníamos en la década pasada se han desvanecido...

R.—Sí, pero han venido otras a sustituirlas. Mira, yo creo que estamos siguiendo un proceso de cambio, de evolución en las costumbres y en el modo de vida, que todavía no se ha concretado en nada. Estamos acumulando energía, y las revoluciones se producen por exceso de energía.

P.—Vamos ahora con la música. Dentro de las corrientes del rock actuales en España —jazz-rock, rock duro madrileño, etcétera—, ¿dónde te sitúas?

R.—Yo hago rock catalán; la gente que graba con Zeleste, lo que se considera rock catalán, hacen otro tipo de música que tiene mucho más que ver con el jazz que con el rock.

P.—La mayor parte de los grupos que hacen rock entre nosotros cantan en inglés y algunos en castellano. ¿Por qué cantas tú en catalán?

R.—En primer lugar, el catalán es mi idioma; el inglés tiene más capacidad de flexibilidad expresiva dentro del rock, pero el catalán es también muy rico: consta de ocho sonidos vocales, mientras que el castellano tiene sólo cinco. A mí me gustaría cantar en inglés, pero hay demasiados grupos mediocres que lo hacen; hay que ser muy bueno para cantar en un idioma que no es el tuyo.

P.—¿Qué grupos musicales han sido más importantes para tí?

R.—Los Beatles, los Rolling Stones...

P.—¿Qué diferencias ves entre estos dos grupos?

R.—Bueno, hay una diferencia de imagen: los Beatles suponen un símbolo de la ruptura con la música y el modo de vida anterior a los sesenta; los Stones, por su parte, dan una imagen de mayor dureza, son un po-



Pau Riba, el representante del auténtico rock catalán.

co "los malos". Pero yo no puedo diferenciar a los buenos de los malos, a los ángeles de los demonios.

P.—¿Cuáles son los grupos de rock que más te interesan de España?

R.—Hay muchos. En Madrid, Burning hacen algo muy interesante; luego hay muchos, en toda España, que son difíciles de conocer porque aún no han grabado discos.

P.—¿Qué diferencias culturales ves entre la cultura rock madrileña y la catalana?

R.—El rock catalán tiene características más autóctonas y se busca a sí mismo. Madrid no existe como entidad cultural; por lo tanto, el madrileño tiene un espíritu más universalista, está siempre oteando el horizonte en busca de algo nuevo, y esto se refleja tanto en su música como en todo.

P.—¿Hay algo que quieras añadir a lo que has dicho hasta ahora?

R.—Bueno, yo siempre digo que mi abuelo, el poeta Carles Riba, era fascista, pero he revisado mi opinión. Es peligroso decir esas cosas antes de una actuación, los espíritus se ofenden. ■

Lo que es difícil de comprender fue la reacción de la prensa leonesa ante este Festival —del anterior, del de flamenco, no hubo comentarios relevantes—, que consideraron algo así como la invasión de los hunos. El "Diario de León" del día 26 titula así su información del Festival: "Capital de la mugre". Luego, en páginas centrales, el periodista que firma E/D/I da rienda suelta a la ira que, al parecer, le produjo tal acontecimiento en un artículo donde se insulta a todo el mundo: organizadores, músicos y asistentes al Festival; sobre todo estos últimos son blanco del enfado del periodista, que se indigna ante la suciedad y el mal olor de las cuatro mil personas que llenaron el Palacio de Deportes; se indigna tam-

bién de la cantidad de botellas vacías y de colillas que quedaron dispersas por el suelo del recinto. Por su parte, Victoriano Crémer, en "La Hora", escribe un artículo —eso sí, mucho más sobrio que el antes citado y nada insultivo (la talla intelectual de Crémer le impide caer en tales excesos inquisitoriales)— donde protesta de que a León se le haya podido llamar "Capital Internacional del Rock" —por supuesto, se trata de una frase publicitaria que no tiene ninguna relación con la realidad—, porque tal denominación le parece denigrante e indigna de la tradición cultural de la ciudad. Ambas posturas —aunque con distintos matices— demuestran una misma falta de comprensión para un fenómeno tan importante como

es el "rock": no se ha sabido entender su dimensión cultural, su valor como manifestación popular auténtica y como código de comunicación entre la juventud internacional.

En resumen, puede decirse que el Festival de Rock de León fue un éxito: buena organización, buen sonido y buen público. Fue, también, la demostración palpable de que esa juventud, a la que se teme y a la que se considera "desmadrada, mugrienta e indecente", se comporta cuando se la deja sola con un total civismo: las Fuerzas del Orden no tuvieron que actuar en ningún momento y todo se desarrolló con absoluta normalidad. ■ Fotografías: FELICIANO LOPEZ y FREDDY ARAUZO.